

FRAN J. SILVA
LA SILUETA DE
UN CALVARIO

¿Y SI LO QUE NOS ENCONTRAMOS ES MÁS ATERRADOR
QUE LO QUE NOS ATEMORIZA?!

 Círculo Rojo

Primera edición: Mayo 2021

Depósito legal: AL 1293-2021

ISBN: 978-84-1104-082-2

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Francisco Javier Silva Pociño

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Ilustración de fotografía de cubierta y contraportada: Alberto Méndez García

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

DEDICATORIA

A mis padres, hermana y sobrino Javier, mi inspiración, y a la peque que viene en camino, Abril, por seguirme queriendo y aguantando a pesar de todo. Avó, te sigo echando mucho de menos.

PRÓLOGO

Dicen que volver a los orígenes es el primer paso para encontrarse a uno mismo.

Cuántas veces nos hemos sentido perdidos, en medio de situaciones que no sabemos afrontar, miedos que no sabemos explicar, inseguridades infundadas que nos frenan constantemente en nuestras vidas y buscamos a toda costa explicaciones.

Buscar razones, explicaciones... ese quizás sea el eje sobre el que gira la mayor parte de nuestras vidas. Tenemos tal necesidad de explicarlo todo, de encontrar sentido a lo que nos pasa, a lo que sentimos, a lo que nos hacen, que probablemente pasamos más tiempo pensando en el porqué que buscando una solución a lo que nos sucede.

«¿Por qué?, ¿por qué...?» es esa pregunta constante que nos hacemos, sobre todo aquello que acontece en nuestra vida. Cuántas veces no somos capaces de responder a la misma y en cuántas otras pensamos que probablemente la respuesta de nuestras búsquedas esté en experiencias vividas, en la educación recibida, en nuestro entorno social y familiar.

Cuando nuestros miedos e inseguridades nos atormentan, buscamos refugio cada cual en lo que le hace más feliz o lo que le es más fácil para poder hacerlos desaparecer de tu cabeza, y en la mayoría de esas ocasiones añoramos el cobijo de esos brazos que un día fueron nuestro mundo, nuestro remanso, que fueron todo lo que necesitábamos para sentirnos seguros y que hoy nos harían tanta falta.

Cuanto mayor nos hacemos y nos cargamos de responsabilidades más echamos de menos nuestra infancia, la manera que teníamos de saborearlo todo. Qué denso parecía el tiempo entonces, qué poca importancia tenía ese imparable tictac del reloj. Recordamos los días hasta más largos, esas noches de verano cálidas e infinitas jugando hasta bien entrada la noche mientras nuestros mayores conversaban esperando el tan anhelado fresco. Cuántas historias contadas sentados en el umbral de la puerta o recostados sobre el calor de la acera mirando ese cielo infi-

nito, y de fondo tan solo sus voces, ese vecino que pasaba y nos deseaba buenas noches y ese grito de nuestra madre anunciando que ya era hora de recogerse.

Y cuántas pesadillas nocturnas sufridas versando siempre sobre lo mismo: te pierdes, tus padres desaparecen, te encuentras sola... Pesadillas que hacían que despertaras entre llantos y sudores y necesitaras inmediatamente comprobar que todo seguía igual que lo dejaste. De esa forma comenzabas a llamar a tus padres, primero con voz bajita para que no se enfadaran demasiado, pero a medida que pasaba el tiempo el tono de tu voz iba subiendo, desesperada por conseguir una respuesta que te diera la tranquilidad de que ellos seguían ahí. Hasta que por la puerta de la habitación aparecía tu padre enfadado, muy enfadado, porque otra noche más no les habíais dejado dormir, pero te daba igual; solo escuchar su voz te daba paz, aunque fuera entre regañinas.

Después te cogía y te llevaba a la cama de matrimonio a dormir con mamá y te rebujaba entre las sábanas, mientras el colchón hundido por el peso de tu madre provocaba que te escurrieras hasta su regazo, presionabas tu nariz contra él, inhalabas con fuerza su olor y, como si de un anestésico se tratara, caías rápidamente en los brazos de Morfeo.

Cuánto daríamos por volver a sentir por un instante esas sensaciones de paz, de seguridad...

Divina infancia en la que todo se vivía tan intensamente, tanto los momentos buenos, como los no tan buenos. Es cierto que experiencias que vivimos en la infancia se nos han quedado grabadas para siempre. Igual que el tiempo era denso, nuestros sentimientos también. Todo se magnificaba o quizás es que nuestra alma era tan pura que cualquier situación penetraba hasta lo más profundo de ella.

Lo que está claro es que la infancia marca nuestras vidas, de una manera u otra, y en un sentido u otro. Y probablemente lo que nos asusta hoy tenga su origen en el ayer.

Buscar la explicación a miedos, inseguridades, fantasmas... es la constante en nuestra vida y probablemente volver a nuestro origen es el

primer paso para encontrarnos o encontrar la respuesta, pero ¿y si lo que nos encontramos es más aterrador que lo que nos atemoriza?

Pilar Aranda Hernández

Domingo, 23 de diciembre de 2018

Hoy, se ha vuelto a repetir, igual que tantos otros días a lo largo de mi vida, me he despertado y no recuerdo prácticamente nada de lo que sucedió ayer. No es que tenga lagunas, es que navego sobre un océano entero.

Miro a mi alrededor y lo único que veo es ropa esparcida por el dormitorio. Los calcetines por el suelo, el pantalón en la silla del fondo, los calzoncillos encima de la cómoda y la camisa y la chaqueta de cuero se encuentran colgadas sobre el espejo.

Hago un gran esfuerzo mental, con el fin de recordar, cómo he llegado hasta casa la noche anterior, lo cual agudiza mi dolor de cabeza. No surte efecto, no consigo recordar la secuencia completa, solo trozos inconexos.

Una vez más, me vuelve a torturar la misma sensación de soledad y vacío, de todas las mañanas posteriores a mis excesos.

Desde que me he despertado, la misma pregunta sobrevuela por encima de mi cabeza con un martilleo constante y monótono, «¿Quique, por qué lo sigues haciendo?», me pregunto resignado, sin encontrar una respuesta que alivie mi sensación de culpa, por otro lado, tan arraigada en mí desde que tengo uso de razón.

En un fútil intento de cubrir mi desnudez física y mental, echo por encima de mi cabeza, las sábanas blancas y el edredón azul con círculos blancos que están arrebujados sobre un lateral de la cama.

No uso pijamas para dormir, normalmente duermo desnudo, excepto en los días más fríos del invierno, que por precaución me pongo, úni-

camente, una camiseta de manga corta, ya que me muevo muchísimo durante la noche, y así, si me destapo pues tengo algo que me cubra de cintura para arriba, y así evito levantarme con la espalda helada por el frío invernal que se cuela por las rendijas de la casa.

Recuerdo que cuando era pequeño, en muchas ocasiones dormía con mi abuela en su cama, exiliando a mi abuelo a mi habitación.

A lo largo de la noche la cosía a patadas, me viene la imagen de ella sentada en la cama, cuando iba a despertarme para desayunar, «Pichola, ¿cómo ha quedado el partido?, ¿has metido muchos goles? Mira que al final voy a tener que dormir con espinilleras», me decía, mientras se masajaba las pantorrillas en señal de que la noche había sido movidita.

Ante su ocurrencia nos reíamos a carcajadas y terminábamos abrazándonos y naufragando en un mar de besos. Entre sus brazos siempre me sentí seguro y protegido, aunque a veces me costara transmitírselo y demostrárselo.

Mi abuela fue siempre mi faro en la tormenta, mi puerto resguardado donde regresar, cuando arrecia implacable, sobre el casco del barco que conforma mi vida.

En este sentido, no sé si a vosotros os ha pasado la necesidad de encontrar, o tener un lugar donde guarecerte de todos los miedos irracionales que nos acechan a diario. Este puerto de socorro ante la tempestad, podría ser un lugar, una persona, un hobby, o cualquier otra cosa donde poder expresar tu realidad más profunda y descarnada. Donde no te sientas juzgado, sino comprendido. Donde percibas que estás en este mundo por algo. Donde conectas con tu yo más íntimo, sin ningún tipo de tapujo, ni atisbo de culpa, ni arrepentimiento, por ser tal cual eres. En definitiva, donde puedas aislarte contigo mismo.

Yo, siempre he necesitado de un sitio así, donde esconderme del mundo hostil que me rodea, donde sentirme a salvo de todas las inseguridades que me recuerdan diariamente, de una forma cruel, mi fragilidad como ser humano.

Hoy, víspera de Nochebuena, como años atrás, en mi niñez, cuando entonces me refugiaba en mi habitación, tengo uno de estos días grises,

en los que necesito un refugio donde cobijarme, mientras la tormenta cesa y llega la calma.

Aquel abrigo que hasta los dieciséis años me daba mi habitación, en la cual me encerraba durante horas y días completos, la he ido sustituyendo hasta los cuarenta años que casi me contemplan, por unas cosas u otras mucho más perjudiciales, intentando enmascarar mis miedos e inseguridades, ante mí y ante los demás, en un burdo número de prestidigitación, tan falso como ineficaz.

Llámesese trabajo obsesivo, botellas de alcohol como antidepresivo, ansiolíticos para aletargar mi conciencia, relaciones personales tan inexistentes como esporádicas, combinadas, con alguna que otra más larga, de efímero compromiso. Resentimiento disfrazado de culpa. Ira enconada hacia mí mismo y hacia todo lo que me rodea. Disconformidad perenne que me arrastra hacia una perversa melancolía crónica.

Estos refugios disfrazados de villanos con antifaz, se han venido repitiendo a lo largo de todos estos años en forma de bucle, en mayor o menor medida, alternándose o solapándose en el tiempo, con desiguales intensidades.

Por un momento, imagina todo en una coctelera, «mezclado, pero no agitado», como pediría, James Bond su típico y delicioso Vodka con Martini seco, al barman de turno de cualquier “tugurio de buena muerte”. A colación, y aprovechando que el Pisuerga pasa por Valladolid, el mejor actor que ha encarnado al mítico agente 007, es y será Sean Connery, sin discusión alguna posible. He dicho.

El sabor de mi cóctel, ya os digo que no mezcla tan bien como el del personaje de ficción, la combinación es realmente desagradable, aunque altamente adictiva. Cada vez que lo pruebo, aún a sabiendas, siempre e irremediablemente, me lleva a una batalla que me deja al borde del Abismo de Helm, de J.R.R. Tolkien.

Cuanto más sorbos le doy, más me pide el cuerpo, y más consciente soy, que, si no provoco un cambio en esta espiral de estúpidas batallas, más pronto que tarde, acabaré avocado hacia una fecha incierta de ineludible final, o sea, hacia mi propia autodestrucción.

Jueves, 15 de agosto de 1985

Olivenza estaba vestida con sus mejores galas para comenzar la celebración de las fiestas populares de agosto, en conmemoración de la Asunción de la Virgen.

Mi marido estaba sentado en su sillón con el libreto de las ferias y fiestas abierto en las manos. Había ido a buscarlo la mañana anterior a la Casa de la Cultura del pueblo, donde repartían los ejemplares gratuitamente. Le gustaba hacerse con la publicación de cada año para leer los artículos que aparecían y, sobre todo, para coleccionar el cartel del festejo taurino que siempre se celebraba como colofón de estas fechas.

Le observé durante un instante; estaba pasando las hojas, hacia adelante y hacia atrás de forma nerviosa, sin detenerse mucho en ellas. Le conocía como la palma de mi mano y su estado se debía a lo deseoso que estaba por la lidia de esa tarde; bueno, más que por la corrida en sí, por el acompañante que iba a ir con él.

Viéndolo tan concentrado, me vino a la memoria cómo me había enamorado de él a primera vista, y cómo, treinta y tantos años después, le quería y admiraba más aún que el primer día si cabía. Era diez años mayor que yo, aún no sé cómo se había fijado en mí.

Había trabajado toda su vida en una pequeña carpintería del pueblo, donde empezó como aprendiz a los diez u once años, habiendo desarrollado su trabajo de forma ininterrumpida hasta su jubilación, a excepción del año que estuvo dado de baja por un infarto de miocardio que le había sobrevenido hacía dos

lustros, justo al año, aproximadamente, de la boda de mi hija Catalina con su marido João.

Además de por el fatídico evento médico, lo recordaba bien, porque cuando pasó todo esto, llevaba seis años de profesora en el Colegio Sagrado Corazón de Jesús de Olivenza, donde daba clases de Historia y Geografía a grupos de niños de ocho a diez años.

Mi caso en sí, para la época, fue algo cuanto menos peculiar, ya que una mujer, más siendo de familia humilde, que tuviera esas inquietudes y las llevara a efecto, estudiando y sacándose una carrera, no era algo muy habitual.

De hecho, aprendí a leer y a escribir de forma autodidacta, no tuve la oportunidad de ir al colegio, ya que en casa todos tuvimos que ayudar en la economía familiar como buenamente pudimos.

En mi caso, yo era la primera de tres hermanos, apenas tres años mayor que el primero de ellos, y cinco más que el segundo, así que mi contribución a la causa fue cuidarlos al tiempo que mi padre cuidaba ovejas y cabras de sol a sol, y mi madre se partía la espalda limpiando casas.

A pesar de estos inicios, siempre tuve claro que tarde o temprano sería maestra, y lo conseguí, no sin un esfuerzo mayúsculo, una vez cumplida la exigida y «casi impepinable labor social» de la época de casarme, formar una familia y criar a mi única hija.

Fue al morir mis padres cuando la oportunidad que tanto tiempo había soñado se presentó. Le vendí a mis otros dos hermanos la parte de la propiedad de la casa familiar que les correspondía y que nos habían dejado en herencia nuestros padres, invirtiendo ese dinero en sacarme la carrera de Magisterio.

A mi marido no le pareció bien al principio, él pensaba que una mujer debía estar en casa, cuidando de la familia y del hogar. Finalmente, y conociendo mi carácter, no le quedó más remedio que aceptar, siendo consciente de que no podía ponerle puertas al campo, por lo que llegamos al acuerdo de compaginar mis estudios, sin descuidar un ápice la vida familiar.

Tenía cuarenta años cuando terminé la carrera y empecé a trabajar en el colegio, aunque me gustaba lo que hacía, lo dejé todo para cuidar a mi marido durante el año que estuvo convaleciente del infarto.

Nunca más volví a ejercer, a pesar de la insistencia de la directora del colegio. No lo necesitaba; me había demostrado a mí y a todo el mundo que lo que me proponía lo conseguía, y no había nada ni nadie que me lo impidiera.

Jueves, 27 de diciembre de 2018

Siempre lo he tenido todo —amor, familia, salud y trabajo— y no lo he sabido valorar ni apreciar. Para mí, nunca nada ha sido suficiente, ni tampoco me he sentido justo merecedor de todo lo bueno que he conseguido, con lo que al final termino enturbiándolo. Triste, pero es así.

No consigo averiguar la razón, mucho más poderosa que yo, por la cual termino boicoteando todo lo hermoso que me rodea, dejando multitud de damnificados a mi paso, que duelen tanto o más que el propio daño autoinfligido.

Siempre me embarga la extraña sensación de no estar a la altura de las circunstancias, de fallarme a mí mismo, una y otra vez, siendo aquella tan dolorosa y profunda que consigue calarme hasta los huesos.

Para mí, dada la práctica y la experiencia adquirida a lo largo de todos estos años, me es más fácil no involucrarme al cien por cien, así luego el sufrimiento de la pérdida es mucho menor cuando todo acaba, porque todo lo que empieza termina.

Sé que verlo así es un argumento simplista y, sobre todo, y lo que más me entristece, es que es una postura sumamente cobarde. No deja de ser una forma de vivir a medias, la cual se traduce en un porcentaje directamente proporcional al de involucrarme con todo aquello que me rodea. Acierte o erre.

«¿Cómo he podido llegar hasta tal extremo de cobardía?», me flagelo mentalmente de forma insistente.

Estas sensaciones han sido mucho más frecuentes, acelerándose exponencialmente a lo largo del último año, provocado por dos motivos principalmente.

El primero de ellos fue el fallecimiento de mi abuela. Aunque el contacto con mi familia y con ella en particular se fue diluyendo a lo largo de los años, impulsado por la decisión que tomé, en su día, de romper con mi pasado yéndome a estudiar fuera, a Madrid, donde me quedé a trabajar, hasta que me trasladaron a Mérida.

Ese distanciamiento no fue óbice para sentir su muerte como si se hubiera fundido el único faro que estaba siempre encendido, marcándome el camino correcto hacia tierra firme y segura, aunque no lo hubiera seguido en todas mis travesías.

Con su muerte supe que ese fino hilo de luz, al cual me aferraba para no naufragar definitivamente e irme a pique cual Titanic, se había desvanecido para siempre, lo cual me hizo sentir la persona más desgraciada y desamparada del mundo cuando mi hermana me llamó aquel día para decírmelo.

El segundo motivo fue la baja laboral que tuve que coger hace seis meses por imperativo jerárquico. Esta se había producido tras varias faltas de indisciplina, unida a una merma de profesionalidad, ambas poco comunes en mi trabajo.

Hasta la fecha no había dejado que lo personal me influyera en lo profesional, pero eso en los últimos tiempos había cambiado, estaba sobrepasado emocionalmente.

Mi jefa me dijo en su despacho: «O te coges una baja hasta que te recuperes de lo que qué coño te esté pasando, o te suspendo de empleo y sueldo indefinidamente, ¡tú decides!».

En ese momento me arrebató lo único que me mantenía anclado a la realidad y la mente medianamente ocupada. Me despojó del último reducto de seguridad que me quedaba, dado que el trabajo se había convertido en el único puerto seguro donde poder regresar. Se me daba bien y me gustaba, dándome la seguridad que necesitaba, y noté amargamente como me lo arrebataban de un plumazo.

Investigando me sentía útil, mi vida cobraba algo de sentido intentando salvar o aliviar la carga de los demás, intentando resolver los casos que cayeran en mis manos.

Por ello, aquellas vacaciones forzadas fueron la puntilla. «¿Cómo vas a ayudar a nadie si ni siquiera eres capaz de ayudarte a ti mismo?», fueron las últimas palabras que escuché de mi jefa antes de salir de su despacho dando un portazo y dejándola con la palabra en la boca, las cuales, por otra parte, siguen retumbando una y otra vez dentro de mi cabeza, como si de un eco perpetuo se tratase.

«¿Qué carajo sabe ella?, ¿cómo me ha podido hacer esto, con las horas que doy sin pedir nada a cambio?», me autojustifiqué.

Descargué la culpa contra todo aquel que se cruzó en mi camino, sin poder ver más allá. Estaba obcecado en que era la víctima, y el resto, mis verdugos implacables. Los odiaba por ello.

Para autoconvencerme y darle consistencia a mi relato interior, me volví a repetir mi retahíla típica de frases, tan manoseadas en mis momentos de cobardía, la cual siempre emergía poderosa en este tipo de situaciones: «No me entienden, ¿qué he hecho para merecer eso?, yo soy así y no tengo por qué cambiar, quien me quiera que me compre».

El episodio de mi baja, como podría haber sido otro cualquiera, me dio pie, convirtiéndose en la excusa perfecta para ir a refugiarme en uno de mis momentos de evasión de falso y efímero placer.

Los cuales, a día de hoy, me siguen elevando igual que una pompa de jabón movida por la inercia del viento, pero que, presa de su propia fragilidad, explota cuando menos me lo espero, dejando un halo inexpressivo y casi imperceptible en forma de huella de agua y jabón.

La última noción que tengo de aquel día es la de mis pasos, autómatas, dirigiéndose hacia el bar más cercano del cuartel, Casa Don Pepe, y la de mi mano empujando la puerta para adentrarme en su interior. Esa última imagen, recordada en mi cabeza, hace aflorar lágrimas en mis ojos, cansados de ver pasar el mismo metraje melodramático por enésima vez. Me invade una sensación de rechazo y de hartazgo hacia mí mismo.

Cuando me sucede esto me gustaría poseer el don de los ilusionistas, que con un sencillo «abracadabra» hacen aparecer y desaparecer lo que se les antoja. Por si acaso tuviera esos poderes mágicos, cierro los ojos y pronuncio esas dos palabras de forma pausada y serena. Espero durante segundos, pero sigo aquí, no ha sucedido nada. «Mierda», musito abatingido.

Acto seguido me levanto, recojo las prendas que hay esparcidas por el dormitorio y entro en el baño, donde las tiro al cesto de la ropa sucia.

Abro el grifo de la ducha y espero a que el agua salga caliente para meterme y dejar que esta alivie mi desazón. Corre el agua por mi cuerpo, aprovecho para lavarme los dientes y quitarme el sabor a resaca que aún se destila por mi cavidad bucal. Termino en menos de cinco minutos.

Cojo una camiseta blanca de la cómoda y me pongo el chándal gris que tengo colgado de la silla que hay junto a la ventana, en el rincón de la habitación, donde hasta hace nada colgaban mis vergüenzas.

Jueves, 15 de agosto de 1985

Desde que mi marido se jubiló a principios de verano, se había convertido en mi recadero personal, además del canguro a jornada parcial de sus nietos, amén de pequeños trabajos domésticos que hacía para no aburrirse, tanto en casa propia como altruistamente en la de algún vecino que se lo pidiera en confianza. Siempre había sido un hombre muy activo y un manitas, con lo que, jubilado, no iba a ser menos.

Cuando me levanté para ir a nuestro dormitorio a buscar mis gafas de ver de cerca, ya que iba a zurcir las carreras de unas medias mías, pasé a su lado y vi que su nerviosa lectura del libretto de ferias y fiestas que llevaba un tiempo manoseando se había detenido en la página del festejo de esa tarde, donde se anunciaba una monumental novillada sin picadores.

Según pude leer, se iban a torear tres hermosos novillos de la ganadería de Francisco Rivera, Paquirri, para los valientes rejoneadores José Andrés Montero de Olivenza, Manuel Ortigosa de Zafra y la futura figura del toreo David Álvarez de Sanlúcar. La corrida empezaría a las cinco de la tarde y al finalizar la lidia de los novillos se soltarían dos bravas vaquillas para los aficionados que quisieran demostrar su arte y valor.

Mi marido era muy aficionado a los toros, no se perdía ni una corrida que hubiera en Olivenza, toreara quien torease.

Alguna vez me había dicho para acompañarle. «Demasiada testosterona por metro cuadrado», le había contestado. Nunca fui con él a pesar de su insistencia. La fiesta y todo lo que la rodeaba iba en contra de mis principios animalistas.

A él, sin embargo, le gustaba toda la parafernalia y el ambiente que rodeaba al festejo taurino en sí. Ir a retirar las entradas en la taquilla, charlar con amigos o conocidos que se encontraba en la cola, pasarse la bota de vino y compartir chacina de matanza y algún que otro puro entre los ocupantes de los asientos más próximos en el graderío, se conocieran o no. Pedir oreja y rabo al presidente de turno, agitando al viento un pañuelo blanco. Silbar cuando este no atendía las peticiones del respetable o cuando los toros no embestían. Solicitar a la banda de música un pasodoble para acompañar la faena del diestro que toreaba en el albero. Le apasionaba vivir ese ambiente *in situ* más que ver los toros por la pequeña pantalla. El precio de la entrada para pensionistas era de cuatrocientas pesetas en sol. En fin, un circo romano contemporáneo, teletransportado al siglo xx.

Normalmente, mi yerno lo acompañaba, ya fuera en la plaza o en el salón de casa frente al televisor, aunque el nivel de afición de este no llegaba a los límites de mi marido.

Se llevaban muy bien y les gustaba pasar tiempo juntos. Desde el casamiento de mi hija, João se había convertido para mi marido como en el hijo que no habíamos tenido y viceversa, ya que mis consuegros habían fallecido cuando él era muy joven, dejándolo en un breve lapso de tiempo huérfano junto a sus nueve hermanos.

El festejo de esta tarde iba a ser especial, ya que unilateralmente suegro y yerno, sin consultarlo con mi hija, habían decidido que había llegado el momento en que Enrique fuera partícipe y tuviera su bautismo de fuego en relación a la fiesta nacional por antonomasia; es decir, que esa tarde iba a asistir por primera vez a ver una corrida de toros con su abuelo.

Mi marido lo tenía todo preparado: pan, queso, chorizo y bota de vino para él. Y bocadillo de mortadela con aceitunas y bote de zumo de naranja para su nieto. Sin olvidar el sombrero de paja que siempre lo acompañaba y la gorra del niño para mitigar, en la medida de lo posible, el sol implacable de las cinco de la tarde de un mes de agosto.

Días atrás nos habían comunicado su contubernio a mi hija y a mí y nos habíamos echado las manos a la cabeza. Hubo una

gran discusión, ya que no nos parecía correcto que un niño tan pequeño fuera a ver un espectáculo de esas características. Aunque ambas respetábamos la afición de nuestros maridos, no estábamos a favor del sufrimiento animal que se ejercía en las corridas de toros, por mucha tradición que tuviera el festejo o por mucha fiesta nacional que este fuera.

Tras mucho debatir al respecto, sabiendo de antemano que estas dos posturas tan antagónicas entre sí jamás se pondrían de acuerdo, hizo que mi marido lanzara un último ataque a la desesperada, cargado de tintes emocionales, para ablandar a nuestra hija.

Esta, al ver la cara de ilusión de su padre, por el cual tenía auténtica devoción, no pudo privarle de que compartiera con su nieto su mayor afición. Así que ella, más que yo, que permanecí impassible ante aquel chantaje emocional, terminó por claudicar, accediendo con la condición de que fuera Enrique el que posteriormente decidiera si le gustaba o no lo que iba a ver esa tarde y si querría volver de *motu proprio* en subsiguientes festejos.

Así que, a las cuatro de la tarde, con una antelación desproporcionada, mi marido salió andando hacia la casa de nuestra hija con el fin de recoger a su nieto para el gran evento de aquella tarde con la esperanza de que esta fuera la primera vez de muchas corridas.

Casualmente, ellos vivían en la rua de Juromenha, cerca de la plaza de toros, construida a mediados del siglo XIX dentro del baluarte da Cortadura. Como era temprano, tenía pensado llevarse a Enrique a jugar a los columpios del parque de los Pintasilgos, el cual se encontraba bajando la propia calle. Allí podría corretear libremente por el césped, mientras él lo vigilaba sentado en algún banco bajo la sombra de cualquiera de los grandes árboles que había, esperando a que se acercara la hora del ansiado evento.

Ese mismo día, a la hora que se lidiaban los seis toros, mi hija y su marido se estaban engalanando, pero no para la festividad que se celebraba en Olivenza, sino para asistir a la boda de un compañero de trabajo de mi yerno, que se celebraba en Badajoz, concretamente en la ermita de la Soledad.

El convite posterior también se celebraría en la capital pa-cense, en unos salones que quedaban cerca de donde se oficiaba la ceremonia eclesiástica.

Catalina y João eran de la misma edad. Se habían conocido allá por los años setenta. Él trabajaba como transportista en la empresa más importante de distribución de café de Portugal.

Algunas veces, dado que el final de una de sus rutas terminaba en Olivenza, aprovechaba y se quedaba de juerga por el pueblo con el hijo del dueño del bar Tino, el cual era de su quinta y con el que había hecho muy buenas migas a raíz de coincidir cuando le dejaba mercancía en el bar de su padre. Este, a su vez, regentaba una pensión, situada encima del mismo bar, de no más de cinco habitaciones.

Así que, una vez terminaban la noche de parranda, João se quedaba a dormir en la pensión a cuenta de algún obsequio en forma de paquetes de café de más que este le sisaba de forma sibilina a su jefe. «Cosas de juventud», decía él para justificarse.

En una de esas noches fue cuando conoció a Catalina y sentó la cabeza. Estuvieron saliendo durante cinco años antes de casarse.

Mi yerno era natural de Juromenha, localidad también conocida como Nossa Senhora do Loreto, una pequeña freguesia de apenas cien habitantes al otro lado del Guadiana que cuenta con un encanto indescriptible.

Antaño había tenido gran importancia como enclave militar, estando totalmente fortificada, y contaba entre sus murallas con castillo e iglesias varias. Hoy todos esos sitios, que le dieron gran esplendor, estaban en ruinas, lo cual no la hacía menos mágica, sino todo lo contrario, ya que en ella parecía haberse parado el tiempo y seguía contando con un embrujo casi místico, emergido a orillas de aquel caudal de agua dulce que era el río Guadiana.

João provenía de una familia humilde y su padre había sido uno de tantos de esos portugueses y españoles que, a mediados del siglo xx, cuando el hambre más apretaba a ambos lados de La

Raya, se jugaban la vida en el arte del contrabando, atravesando el río Guadiana e intentando escabullirse de los policías de fronteras, en aquellos momentos afectos a los regimenes que por entonces regían en ambos países ibéricos.

Qué paradojas tiene la vida, al final tanto padre como hijo se habían dedicado, con varias décadas de por medio, al transporte de mercancías de una forma más o menos clandestina y más o menos peligrosa, respectivamente.

Se podría decir en este caso el dicho ese que «de tal palo tal astilla», y aunque las circunstancias y el momento vital de uno con respecto a otro habían sido totalmente diferentes, en esencia ambos perseguían un mismo fin: sobrevivir.

Inmersa en mis cavilaciones existenciales, miré el reloj de péndulo que teníamos en el salón, heredado de mi madre, que aún funcionaba a pesar de los años que lo contemplaban. Eran casi las seis y la boda era a las siete de la tarde. «Siempre igual, ya van tarde, y luego João conducirá a toda prisa para no llegar tarde a la iglesia», pensé enojada.

Cuando empezó a sonar la clásica señal horaria del reloj de péndulo, el sonido de un claxon de coche me sobresaltó. Eran ellos. La forma de tocar la bocina de mi yerno y el ruido del coche eran inequívocos.

Salí a la puerta para recoger a mi nieta Renata lo más rápido que pude.

—Hija, como siempre, ya vais tarde y con las prisas —le dije malhumorada a mi hija al tiempo que recibía a mi nieta, que se había bajado y había corrido como una exhalación a darme un abrazo y un beso.

—A ver, *mãe*, he tenido que hacerle unos últimos retoques al vestido —respondió mi hija. Siempre tenía excusa para todo.

—Venga, salid ya, y no corráis, por favor —enfaticé el tono de súplica en mi voz, mirando directamente a mi yerno.

—*Mãe*, cuando se termine la boda, o cuando João se canse, que está muy mayor, nos volvemos a dormir directamente a nuestra

casa —dijo entre risas. A mi hija le encantaba meter la pata con su marido.

—Soy cinco meses más pequeño que tú, *faladora* —contestó rápidamente aparentando que se cabreaba.

—Por favor, haz comida para mañana y comemos todos juntos aquí, y ya luego después de comer nos llevamos a los niños, ¿te parece? —siguió diciendo mi hija, ya con la cabeza por fuera del coche mientras se alejaban en dirección al cruce que enlazaba con la carretera que los llevaría hasta Badajoz.

—Me parece perfecto, hija. ¡Mañana nos vemos! ¡Pasadlo bien! —me despedí gritándoles y agitando las manos, y tanto Renata como yo entramos en casa charlando y a esperar a que llegaran su hermano y su abuelo.

Con las prisas, no les había dado tiempo a bajarse del coche para ver lo guapos que iban, aunque lo intuía, ya que había ayudado a mi hija con los arreglos, tanto de su vestido como con los del traje de mi yerno.

Él llevaba un traje negro; por cierto, su único traje que vestía única y exclusivamente para este tipo de ocasiones especiales. Se lo había comprado, hacía unos cinco años para el bautizo de sus hijos.

La tarde anterior, mi hija había estado arreglando la chaqueta y los pantalones, ya que João había perdido bastantes kilos en los últimos meses. Esta pérdida de peso se debía a que había comenzado a dar caminatas vespertinas y, sobre todo, a que cuidaba más y mejor su alimentación, bien es cierto que tanto una cosa como la otra eran por prescripción médica. Nada grave, solo que las últimas analíticas le habían dado unos niveles de colesterol más altos de los normal, con lo que los homenajes culinarios que se daba pasaron a mejor vida y no le quedó más remedio que llevar una vida y una dieta más saludable. Mi hija se encargaba de ser su Pepito Grillo para que cumpliera a rajatabla las indicaciones del médico de cabecera de la familia, el doctor Valdivieso.

El resto de la combinación que llevaba puesta era una camisa blanca y una corbata verde, salpicada de algunos detalles en

color granate casi imperceptibles, pero que le daban un toque más moderno al atuendo. Le había ayudado a elegirla mi hija en la tienda de Manuel Rodríguez.

Como no podría ser de otra manera desde que se casaron, la ropa que se ponía mi yerno, tanto en estas ocasiones más especiales como en el día a día, eran elección de su mujer. El estilismo en mi familia se dejaba en manos de las mujeres para comodidad de los hombres. Igualmente, yo lo hacía con su padre desde el primer día que nos casamos.

Por otro lado, mi hija llevaba un traje verde estampado con flores que se había confeccionado ella misma para la ocasión y que, por cierto, le quedaba como anillo al dedo. No porque fuera una gran costurera, que también, sino porque aun midiendo uno cincuenta, su figura estilizada y con curvas perfectamente armonizadas hacían que todo le quedara como un guante.

Lunes, 31 de diciembre de 2018

De nuevo lunes, intento que no me afecte, pero este día de la semana se ha convertido para mí en el día de la marmota, en el pistoletazo de salida del inicio de una nueva semana vacía con tintes de insustancialidad. Y, para más inri, es Nochevieja.

La sensación que me domina es la de que el tiempo no ha pasado a lo largo del último año. Me encuentro en el mismo lugar, en un bucle involutivo que, en vez de avanzar y evolucionar, me hace dar pasos hacia atrás como los cangrejos.

Cuando estoy dentro de esa espiral introspectiva percibo al mundo en general, y a las personas en particular, hostiles hacia mí persona, de una forma completamente irracional y desmesurada.

Me invaden unos miedos exacerbados a todo aquello que no esté dentro del perímetro de seguridad de mi propia existencia, convirtiéndome en un ser insignificante. Es entonces cuando, en vez de enfrentarlos, tomo atajos evasivos de toda índole y de nefastas consecuencias para mi integridad personal. Soy consciente de que son pan para hoy y hambre para mañana, pero son de efecto instantáneo y requieren de menores dosis de esfuerzo que otras.

Mis semanas se han convertido en una montaña rusa emocional que sube, a marchas forzadas, desde el lunes hasta el jueves, para luego a partir del viernes empezar a bajar descontroladamente como aquellos pilotos de la Armada Imperial Japonesa, los kamikazes, que en la Segunda Guerra Mundial, cuando eran alcanzados, se suicidaban estampándose contra objetivos de la flota de los Aliados. Morir matando era su lema.